



De lejos y a mi alrededor

Consejos y resultados

Carlos Caco Ceballos Silva



Con Mario Aguilera Dorantes (hija de Amalia), Andrés Henestrosa, Griselda Álvarez, Amalia Caballero Ledón y el embajador Alfonso Reyes.

PRIMAVERA 1999. Por la temporada de los años cuarenta, el gran Hotel Ceballos de Cutuytlán se constituía en el hotel de muchas estrellas, pues según la reglamentación internacional, las estrellas corresponden a los servicios que ofrece el establecimiento a sus huéspedes. Por ese año, el hotel, tenía médico y enfermera proporcionados por Salubridad, el correo y el telégrafo tenían cuartos para sus respectivos servicios, el bien ponderado Felipe Llerenas era el fotógrafo oficial, había servido de salvavidas con un novísimo pulmoter adquirido por el hotel; se estableció un acuerdo con Schiaffino del servicio Panini, arreglándose para el caso, una pista de las salinas; desde luego el boletaje y las reservaciones se atendían en la propia administración. Había un peluquero, el mago de la tijera, Moisés Delgadillo; el lustrador oficial era Ramoncito, información turística, sitio de automóviles en las puertas del hotel y un sacerdote jesuita que confesaba y daba la bendición a las timoratas que le temían a la ola verde. Todos estos servicios extras completaban los beneficios que gozaban los pasajeros del hotel. Pues bien, en este sitio privilegiado y dado el gran número de familias de Jalisco y Michoacán, que eran sus huéspedes cotidianos, había confianza y camaradería, por lo que se platicaban confidencias, se pedían consejos; desde luego el administrador, por su buena conducta y seriedad, era el que recibía más confidencias.

Recuerdo que en una ocasión una señora me platicó de lo sinvergüenza que era su marido y de lo mucho que la hacía sufrir, terminando por suplicarme que en la primera oportunidad hablara con su esposo y lo aconsejara; él llegó en el tren del sábado y después de cenar tuve la oportunidad y hablé con él; me escuchó, se negó y nos dimos las buenas noches. Al día siguiente liquidaron su estancia y nunca más volvieron al gran Hotel Ceballos.

Recuerdo de un matrimonio, allá por los sesentas, que cada vez que se visitaban con la señora de mi amigo, la aconsejaban: ¿Por qué no te lleva tu marido a México? Nosotros vamos todos los viernes a cenar fuera. Te invitamos este fin de semana a Guadalajara. No te imaginas lo a

gusto que nos la pasamos este fin de semana en el mar. Dile a Memo que te saque, que no te tenga tan encerrada; fíjate en nosotros, seguido andamos fuera porque sabemos para qué es el dinero. Y la santa señora, creída de tan buenos consejos, esperaba al esposo con la “espada desnainada”, mientras que los intrigantes deben haberse reído de las desavenencias causadas por los simpáticos consejos.

Por los setentas, *El soñador*, vendedor de billetes de lotería, apodado así porque contaba que soñaba los premios y terminaciones, se presentaba por la mañana al día siguiente de que se había efectuado el sorteo para que le facilitara cincuenta o cien pesos para completar la liquidación, pasar a la lotería a liquidar y que le dieran los nuevos billetes. Por varias veces lo estuve refaccionando, desde luego, al medio día pasaba a pagarme, hasta que un día le pregunté a qué se debía esto, y entonces me platicó que a última hora y no pudiendo vender los billetes, los fiaba para que los pagaran al día siguiente, y era la razón por la que tenía que pedirme, para que con ese dinero completara su liquidación. Ya con los nuevos billetes, al venderlos, me pagaba y fiaba los que a última hora no se podían vender. Al oírlo, le aconsejé que no lo volviera hacer, que los billetes de loterías no se fiaban, etc., etc., posiblemente pudo mucho pues el siguiente sorteo ya no pasó a pedirme dinero. Pasaron unos días y viniendo hacia la acreditada y prestigiada Casa Ceballos, le alcance, vi sus billetes, uno me gustó, así es que con la mayor naturalidad le dije: Me llevó éste, al rato pasas a la tienda para pagártelo. No, don Carlos, los billetes no se fian, así es que aquí se lo guardo y cuando traiga los cincuenta pesos se lo lleva. Pero es que yo siempre te he prestado dinero. Sí, don Carlos, pero usted mismo me ha aconsejado que no fíe los billetes, y ahora solamente yo le hago caso a sus consejos.

Moraleja: nunca des consejos, cuando menos expresa tu opinión y siempre que te la pidan, pues no debes olvidar el viejo dicho “el que se mete a redentor sale crucificado”, y el que “se mete a predicador siempre es aporreado”.

** Empresario, historiador y narrador. †*



PLAZA CULTURAL DE DIARIO DE COLIMA

Ágora

Una sesión de hipnotismo

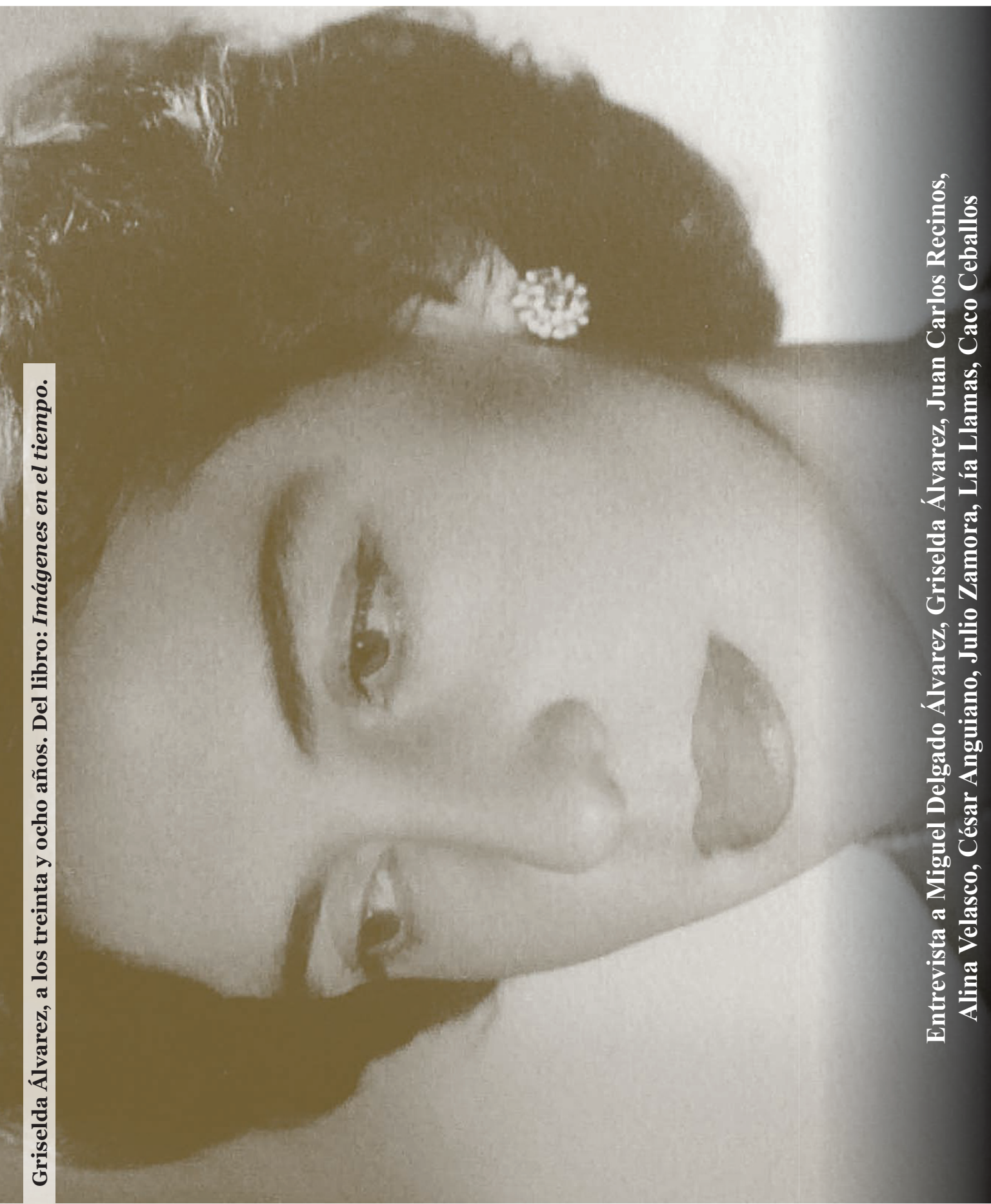
(31 de agosto de 1958)

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ▶ 4

2539

DOMINGO 31 DE MARZO DE 2019

Griselda Álvarez, a los treinta y ocho años. Del libro: *Imágenes en el tiempo*.



Entrevista a Miguel Delgado Álvarez, Griselda Álvarez, Juan Carlos Recinos, Alina Velasco, César Anguiano, Julio Zamora, Lía Llamas, Caco Ceballos

La décima tercera verdad del mundo

II/III

César Anguiano

Si no tuviera tanto miedo se pondría de pie y encendería la luz. Pero la habitación ha adquirido de repente la extensión de un campo de fútbol, y el interruptor parece estar a decenas de metros, si no es que a cientos. Demasiada distancia para recorrerla él sólo en medio de las tinieblas. Si no hubiera sido tan miedoso, tan cobarde, se habría puesto de pie y no sólo habría encendido la luz, sino que habría salido del cuarto y bajado por las gradas hasta el jardín, intermándose luego bajo las sombras del naranjo y del pino, de las grandes hojas de la palmera de coquitos, donde por las noches se arracimaban los murciélagos. Si hubiera sido valiente no le habría importado que uno de estos animales le rozara el cuello o una oreja con sus alas viscosas y habría continuado caminando en la oscuridad, hasta entrar en la casa. Después habría seguido por el largo pasillo hasta llegar al cuarto de sus padres, acostándose en medio de los dos. Ellos sin duda lo sacarían de su error y le dirían que las cosas no eran así, como él las había pensado, como él las había visto, explicándole cómo eran en realidad y él podría dormir de nuevo tranquilo. Pero no ve nada a su alrededor y es incapaz de ponerse de pie en medio de la negrura. No le queda más remedio que seguir ahí, al lado de su hermano Héctor que hace mucho tiempo que duerme, horas quizá, mientras él vela lleno de terror. Sus miembros están entumecidos por el miedo, apenas sí puede moverlos bajo las frazadas.

Qué fácil había sido dormir hasta antes de ese paseo con su hermana Paty; bastaba poner la cabeza en la almohada, después de cenar, para quedarse completamente dormido y sentir que amanecía. La noche, antes de esa desgraciada excursión, había sido un breve, un delicioso parpadeo. Ahora es una horrible y casi perpetua oscuridad. ¿Cuánto tiempo, cuántas noches como esa en que estaba prisionero tenían que transcurrir, antes de que saliera el sol y regresara la luz al mundo? ¿Cuánto tiempo más iba a sentir que estaba a punto de



Griselda Álvarez y Octavio Paz.

bién.

Cuando su hermana Paty había dicho a su madre: “Tenemos que acompañarla mamá, es nuestra tía”. Él había fingido comprender lo que quería decir su hermana y había repetido casi las mismas palabras. – Sí, mamá. Es nuestra tía, tenemos que acompañarla.

Y su madre había reído, quizá de él, de escucharlo decir palabras de adulto; palabras que él difícilmente podía entender, pero le había hecho gracia escucharlo. Un niño tan pequeño y tan consciente de los deberes familiares. Y había dicho que sí, que podían ir.

– ¡Mamá, pero se va a asustar! – había protestado su hermana, con justa razón. Pero su madre no había hecho caso. Quizá lo que quería era librarse, al menos por un par de horas, de dos niños tan molestos.

– Si quieres ir, tienes que llevarte a tu hermano. Y a Paty no le había quedado más remedio que llevarlo. Qué feliz se había sentido él de ir en la parte trasera de un camión repleto de flores, de sentir el viento fresco en sus mejillas y el olor de los ramos en su nariz. El mundo definitivamente era hermoso.

Griselda Álvarez Ponce de León

Guadalajara, Jalisco, 5 de abril de 1913 - México, D.F., 26 de marzo de 2009

Leer la poesía de Griselda Álvarez es encontrarse con las centellas, las palpitaciones fugaces de los más precisos sonetos. Hoy conmemoramos su décimo aniversario luctuoso, ocurrido el pasado 26 de marzo, con su fascinante poesía, íntima, anatómica. Las fotografías que ilustran este domingo el suplemento Ágora, evocan un pasado reciente, de su vida bohemia con sus amigos más cercanos, los que acompañaron la vida literaria del gran poeta, feminista, la mujer que nos ha dejado un gran legado con su obra poética, para seguir recreando en sus versos la emoción vibrante de la auténtica mujer que fue Griselda Álvarez Ponce de León.



Oda a Griselda Álvarez

Lia Llamas

Naciste, mujer, contra la demagogia y revolucionaste los espacios de la política para hacer un canto.

Con suavidad y firmeza de un roble reconstruiste ideologías para guiar a un pueblo y despertaste en tu alquímica poesía.

Yo soy la partidaria de tu espíritu de tu combativo ser en la vanguardia ¡Les enseñaste tus dientes, Mujer y les rompiste las azules cadenas! ¡Destrozaste la tradición de Adán para tender alfombra roja a Eva!

Es fácil escribir sobre tu fuerza porque basta leer tus versos.

Quiero construir una utopía donde gobiernos de la misma forma en que tu mano erigió la curul de rosas que destronó los miedos con pasos feministas a la hoguera que iniciaste.

¡Después de ti, lo que sea! “Escúchame --decías en mis sueños-- ve los caminos que materializa mi gobierno. Sí, mi capricho hace hechizo en los estigmas”.

Tú, histórica paloma me hiciste intolerante al silencio para cambiar sobre mí misma Para cambiar al mundo.



La Sibila

hay dos pequeñas figuras desnudas, pero la característica sobresaliente en cada una es que están consultando libros o pergaminos. Físicamente, las cinco tienen brazos más semejantes a los de un hombre que a los de una mujer, pero quizá esa fue la intención de Miguel Ángel, resaltar que no eran seres comunes, sino fuertes y poderosas. Hay estudiosos que han señalado este aspecto más como una técnica muy marcada del artista, por su tendencia a la escultura y que él mismo se asumía escultor, más que pintor.

Los motivos por los cuales aceptó este encargo del papa Julio II y por qué el pontífice aprobó la propuesta final del renacentista sobre la bóveda, incluidas las sibilas, tiene otra historia, pero fue en este periodo, el Renacimiento, donde se convirtieron en iconografía del arte religioso, pasando de la tradición pagana, toda vez que las profetas surgen como un mito de la antigüedad, a la cultura cristiana, reconocidas por los Padres de la Iglesia tras anunciar la llegada del Mesías. Ya se les había representado desde la Edad Media, pero el auge lo tuvieron en el Renacimiento. Además de Miguel Ángel, Rafael, Pietro Perugino, Filippino Lippi y Domenico Ghirlandaio fueron los pintores de la época que resaltaron a las sibilas en diferentes capillas, incluso antes que el propio florentino.

Actualmente han sido reconocidas hasta doce sibilas, todas nombradas por el lugar donde moraban, pero las pintadas por Miguel Ángel sólo fueron cinco, tal vez las más representativas de la cultura grecorromana:

1) La Sibila Cuma: se le considera la más importante de las sibilas y a la que Apolo concedió el deseo de vivir muchos años, según la leyenda, tuvo nueve vidas, pero se le olvidó pedir la eterna juventud, por lo que su fisonomía regularmente muestra como el de una mujer anciana. Así la pintó el florentino, la única entre las otras marcada por la edad. Debe su nombre al hecho de haber trascurrido la mayor parte de su vida en la localidad de Cuma, cercana a Nápoles, en la región Campania de Italia. Además de haber sido citada por Herodoto (el más antiguo historiógrafo Griego), Dante Alighieri la menciona en La Divina Comedia.

2) La Sibila Delfica: fue reconocida ya desde el año 600 a.c., cuando la localidad de Delfos (en Grecia) se convirtió en la famosa Ciudad Sacerdotal, sede de los célebres Oráculos. Su actuación fue muy popular y tuvo una enorme importancia durante todo el periodo helénico. En los frescos de Miguel Ángel, esta sibila destaca por su expresión, sosteniendo un rollo y dirigiendo la mirada en dirección opuesta

a la rotación de su cuerpo, como si algo la hubiera distraído, tal vez una visión, sus ojos y la boca lo denotan. Además, es entre todas la más femenina y bella.

3) La Sibila Eritrea: hay versiones que afirman su proveniencia desde Caldea, al sur de Babilonia, y que actuó como sacerdotisa de los dioses griegos, pero su residencia parece haber sido en la ciudad de Eritras, en Jonia. Se dice que ella fue la que predijo la guerra de Troya y que Homero haría un poema sobre esta batalla. En el fresco de Miguel Ángel sobresale por ser la que tiene el semblante y la postura más calmada, incluso de pierna cruzada.

4) La Sibila Pérsica: la leyenda señala que también era nombrada sibila babilónica, pues fue quien acompañó a Alejandro Magno (desde el año 334 a.c.) en sus conquistas de Asia. Las fuentes afirman que el gran héroe dialogaba siempre con ella antes de iniciar sus principales batallas, prediciendo desde el principio que sería el “Señor y dueño de toda Asia”. El florentino la representa como una mujer al parecer anciana, toda vez que presenta una joroba y acerca su rostro demasiado al libro, como si tuviera miopía.

5) La Sibila Líbica: sacerdotisa profética que presidía el oráculo de Zeus Amón en el oasis de Siwa, en el desierto de Libia. Pausanias, el historiador y geógrafo griego la describe “de nacimiento mitad mortal, mitad divina; hija de una ninfa inmortal y su padre un comedor de grano”. Miguel Ángel la pintó realizando un movimiento rotativo del torso, como si recogiera o dejara detrás de ella el libro de profecías. Y al igual que la Delfica, tiene una apariencia más joven.



P E R S I C H La Sibila Persicha.



Don Manuel Sánchez Silva



Una sesión de hipnotismo

FUE don Pancho Ramos uno de los más destacados bohemios que matizaron de despreocupación la existencia provinciana de Colima durante las primeras décadas del siglo XX.

Sus amigos le llamaban Pancho “El Bello”, por el atildamiento en el vestir y lo atractivo de su fisonomía, en la que un poblado bigote de enhiestas guías amari-llentas por el mucho fumar, era a modo de una sugerente pincelada de masculinidad. Su simpática figura era popular e inconfundible: sombrero de paja (panela) picares-camente ladeado sobre una ceja, camisa y traje impecablemente blancos y choclos del mismo color, sujetos con aquellos anchos cabetes de seda que estuvieron de moda en la época de la Primera Guerra Mundial. Fue, sin duda, el primer colimense que se atrevió a usar esa clase calzado, que por aquel tiempo y a través de un infun-dado concepto de machismo, se reservaba tan sólo a los hombres de inclinaciones femeníoides. Sin embargo, don Pancho nada tenía en su manera de ser que püstera física acusaban gravísimas mermas. No obstante, la propina ofrecida por la señora gustaba hacerlo y se réa de los comentarios que se suscitaban.

Nadie le conoció una ocupación fija, ni siquiera inclinación hacia determinado oficio o profesión. Sabía un poco de todo y se suje-taba a veces a diversos trabajos: empleado de escritorio, corredor de alhajas y gestor de negocios administrativos; pero, si carecía de disciplinas y empuños, tenía en cambio aficio-nes concretas: tomar la copa con los amigos, frecuentar casinos y “chorchas” familiares y sentarse por las tardes en una banca de la pla-za principal a propiciar a las muchachas que pasaban, tomar el fresco y mirar deslizarse la vida, sin prisas ni mortificaciones.

En cierta ocasión, leyó el anuncio de una escuela norteamericana de ocultismo que ofrecía cursos por correspondencia, garantizando el aprendizaje de numerosas ciencias misteriosas, entre las que, de manera especial, se hacía figurar el hipnotismo. Don Pancho escribió al domicilio respectivo y a vuelta de correo recibió el primer material de estudio, al que aplicó toda la atención y todo su tiempo disponible, representado por las 12 horas del día.

Como consecuencia de semejante aplicación, en tres o cuatro meses don Pancho estuvo listo para presentar examen -todo por correspondencia- y, después de un breve carteo, recibió al fin un decorativo diploma y una bola de cristal, más decorativa aún, la que, según lo aseverado por la Escuela de Ocultismo, tenía la virtud de sumir en el sueño hipnótico a todas las personas que fijaran la vista en el transparente objeto.

A partir de entonces la personalidad de don Pancho se revistió de importancia social y económica, pues lo mismo se le solicitaba en fiestas familiares para que divirtiera e impresionara a la ingenua concurrencia con la demostración de sus co-nocimientos, como se le buscaba por particulares interesados en encontrar un reloj perdido, localizar un tesoro oculto y hasta buscar un recurso para que un amante ausente experimentara la nostalgia del nido abandonado y regresara a él.

Y don Pancho acudía a donde se demandaba su presencia. Con estudiada gravedad seleccionaba un “sujeto”, ante cuya vista colocaba su infalible esfera, mientras con la mano libre dibujaba en el aire extraños “pases” y con voz caverosa pronunciaba las sacramentales palabras:

-Usted siente sueño... mucho sueño... Usted tiene un inmenso deseo de dormir... Usted únicamente escucha mi voz, que le ordena dormir... dormir... dormir.

Es justo confesar que en ocasiones lograba dormir a la persona experimental, y en otras no. Pero de todas maneras, el acto resultaba interesante y los pesos afluan



(31 de agosto de 1958)

al portamonedas del intempestivo hipnotizador.

Corría el año de 1920 y doña Cipriana Naranjo viuda de Virgen -que aún vive radicada en Brunswick y que hasta 1922 fue propietaria del “Botiquín Económico”, establecido en el cruzamiento de las calles José Antonio Díaz y Medellín, contraesquina del mercado Constitución- convidó a don Pancho a una sesión de hipnotismo, y fijada la fecha corrió la voz entre parientes y amistades. El experimento se llevó a cabo en la casa habitación de la dama, que vivía por la calle Degollado, y cuando llegó don Pancho se encontró a una treintena de personas dispuestas de antemano a ovacionarlo.

Por desgracia, esa noche don Pancho sufrió los efectos y consecuencias de un día excesivamente “húmedo”, pasado en rueda de amigos y compañeros de bebida. En otras palabras, para emplear el término popular, estaba más “crudo” que una papa sin cocer... Y como es fácil imaginar, sus capacidades de concentración y su vigor físico acusaban gravísimas mermas. No obstante, la propina ofrecida por la señora y su propio prestigio lo empujaron a cumplir. No podía defraudar a sus creyentes.

Con lánguido gesto solicitó un voluntario, que luego encontró en la persona de Raúl Naranjo, sobrino de doña Cipriana. Don Pancho, extrayendo del bolsillo su bola de cristal, inició el experimento:

-Usted tiene... mucho sueño... Usted tie-ne un gran deseo de dormir... Ya no puede mantener abiertos los ojos... Usted empieza a dormirse...

Pero Raúl permaneció más despierto que un foco eléctrico encendido, por lo que fue necesario ensayar con otra persona, el ahora doctor Francisco G. Rivas, que tampoco se durmió, y luego con otras más, sin que ninguna entrara en sueño hipnótico. Don Pancho sudaba a mares y las líneas del rostro acusaban fatiga, mientras que, entre los asis-tentes, gorjeaba una que otra risita burlona, que contribuía a dificultar la situación y a confundir al fallido operador.

En esas condiciones, don Pancho advirtió entre los circunstantes al autor de estas líneas y pretendió intentar un último esfuerzo, al que me presté con la mejor voluntad. El hombre era un viejo amigo de mi padre y me conocía desde niño. Me sentó “de espaldas al norte” y empezó a ejecutar sus pases magnéticos y a repetir las frases rituales:

-Tienes sueño... sientes mucho sueño... ya estás durmiéndote...

Pero yo no experimentaba la menor laxitud. Y cuando en el rostro de don Pancho advertí el rictus del cansancio físico y moral, cuando vi que por las acentuadas arrugas le corría el sudor del agotamiento y de la pena, resolví dormirme... “de mentiras”, como dicen los muchachos de escuela. ¿Qué me costaba engañar de buena fe al pobre viejo?

Este, al notar que había logrado dormirme, recuperó la confianza, engoló la voz y readquirió su naturalidad. Por su conducto, todos o casi todos los concurrentes formularon preguntas sobre diversos temas, a los que respondí lo mejor que pude, causando la satisfacción de mi “hipnotizador” y la admiración de sus otra vez admi-radores. Y cuando por fin “me despertó”, don Pancho recibió con las felicitaciones de todos, la generosa propina de doña Cipriana.

De ahí en adelante, cuantas veces me encontraba en la calle don Pancho me sa-ludaba cariñosamente y, si estaba con algún amigo, me llamaba para que yo refiriera el éxito de su experimento:

-¿Te acuerdas de cuando te dormí? A ver, cuéntale a fulano...

Y yo tuve que repetir innumerables ocasiones la misma piadosa mentira. ¡Cuesta a veces tan poco hacer felices a las personas...!

** Periodista. escritor y fundador de Diario de Colima.**

Cuenta pendiente

II/II

Juan Carlos Recinos

La aventura poética de Lizalde parte de una figura del mundo natural, el tigre. Una multiplicidad el mundo del poeta. Sorprende por su claridad, perfección y maestría. Agazapado, la palabra de Lizalde espera el momento preciso para saltar sobre el mundo e iluminarlo todo de un zarpazo. Nada más noble que la experiencia, misma que inicia su trayecto en un discurso conmovedor y brillante a la vez.

El agua devela la forma de las cosas que se mantienen ocultas bajo la tierra, o aún más fácil, el agua toma forma de una ola de mar y en sus marejadas deposita en la orilla las cosas que guarda en las sombras de las profundidades, pero la luz, al momento de iluminar, hace que las cosas tengan forma y color, todo recobra un orden y el caos, de pronto es un cielo interminable que arde, aquí, la agilidad felina de la obra de Lizalde se torna un finísimo movimiento que carece de ornamentos y por los cuales se destaca su poesía. Su vida misma es su palabra y esa es su contribución a la realidad, la más honda de un hombre. Su primer libro, o, mejor dicho, de donde parte esta luz

es *Cada cosa es ba-bel*, publicado en 1966.

Anterior a este libro cabe mencionar tres pequeños conjuntos de poemas que integrarán más adelante la obra de este poeta: *La mala hora* (1956), *Odesa y Cananea* (1958) y *La sangre en general* (1959). Con *Cada cosa es babel*, Lizalde nos acerca, con su tono coloquial, a una indi-vidualidad y tesitura inconfundible. *Y le digo a la roca: / muy bien, roca, ablámdate, /despierta, desperé-zate, /pasa el puente del reino, sé tú misma, sé mía, / dime tu pétreo nombre / de roca apasionada*. Así inicia *Cada cosa es babel*, quizá la geografía imaginaria más personal de los poetas excluidos por Octavio Paz en *Poesía en Movimiento*. Lizalde es una voz que otorga a cielo abierto, una continuidad con la obra de Gerardo Deniz, otro de los escritores relegado. La coherencia de uno, encuentra una profunda honestidad en el otro. Deniz, bebe de la fuente gongorina en dos de sus libros, *Adrede* (1970) y *Gatupe-río* (1978). Entre ambos libros hay una diferencia de ocho años, una distancia corta, si tenemos en cuenta que en esos dos libros iniciales de la obra de Deniz hay textos fechados desde 1955. Las posibilidades del poema en este poeta son deslumbrantes, igual que su espíritu. Uno al leer a Deniz asiste a un concierto de sonidos, significados, digamos que su riqueza verbal viene del eco de otros autores, pero que en sus construcciones al momento de elaborar un poema toman un camino muy íntimo. Perse, Lugones, Góngora y Eliot, son en primer término la conciencia poética de Deniz, misma

Alba

Griselda Álvarez

Oríface del alba, dulce loco, alucinada estoy en tus colores, si me pintas la noche de temores en el amanecer dórame un poco.

Después verás qué pájaros convoco para que te rindamos los honores porque eres hacedor de los albores y principio de todo lo que toco.

Viérteme caridad en la escudilla, dame el trino, la flor, la mariposa, el germen del olvido, la semilla,

la verdad que se oculta en cualquier cosa, deténme ya de la terrible orilla, tíñeme el alba de esperanza y rosa.

